

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La muerte, lejos. Referencias y sentidos acerca de la muerte en testimonios y relatos de ex exiliados políticos.

Korinfeld, Daniel.

Cita:

Korinfeld, Daniel (2009). *La muerte, lejos. Referencias y sentidos acerca de la muerte en testimonios y relatos de ex exiliados políticos. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1129>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La muerte, lejos. Referencias y sentidos acerca de la muerte en testimonios y relatos de ex exiliados políticos.

Daniel Korinfeld

“No sé como se cuenta una muerte, Humboldt. Y, menos, una muerte como la mía, que terminó volviéndose vida. Pasó así: vos te fuiste y yo morí...” (Negroni, 2007:13).

¿Cómo se cuenta una muerte? La muerte del otro, la muerte violenta de los compañeros de militancia política y de lucha, la muerte propia que no fue. También la muerte de los seres queridos cuando se está lejos, en el destierro e imposibilitado de una despedida. Y quizás la cuestión alcance hacia otras figuras: la de la “muerte” de ciertos ideales antes, durante o después de lo que puede pensarse como una derrota, lo que de pérdida tiene las condiciones de exilio: el territorio, la lengua materna, los códigos y las contraseñas que conforman nuestros rasgos de identidad, que hace que enfermedades, accidentes, anomalías y muerte hayan sido ligadas al atravesamiento de esa misma experiencia.

Ella, protagonista narradora de *La Anunciación*, novela de María Negroni, es quien en diálogos y monólogos imaginarios con su compañero de militancia desaparecido inaugura con esa pregunta un recorrido entre tiempos y espacios diferentes. Roma 2005, y el Buenos Aires de mediados de los años setenta. Una narración que recorre tiempos y espacios, una travesía historizante y por ello subjetivante, en la que no sin ironía, ni humor, recorre los itinerarios del duelo, buscando quizás hacer de y con ese “amuleto que llevo a todas partes”: el dolor, alguna otra cosa. Su relato, fantasmático, que apela a referencias múltiples (diálogos imaginarios, canciones, películas), de carácter fragmentario, onírico, metafórico y metonímico, presenta ambivalencias, recorre las contradicciones y las tensiones propias de lo subjetivo, nos parece situado desde lo que podemos denominar un lugar de enunciación.¹ Este relato, decimos, ha de acompañarnos y guiar la búsqueda de otros

¹ Escribe Mónica Ríos en su crítica literaria: “Explota en una búsqueda mental, interna, parecida a la corriente de conciencia, tan lógica y a la vez tan carente de ella. La búsqueda de una conciencia individual se tiñe, aquí, de todo tipo de órdenes, textos, discursos, recuerdos que buscan distanciar a la persona de su experiencia privada y pública en un intento por entenderla.” Y en otro lugar y curiosamente para nosotros dice: “Por un instante y para toda la novela, la palabra “anunciación” se transforma, gracias a la inexactitud de un movimiento labiomandibular, en enunciación.” (Los lutos del Lenguaje, 2009) Desde el psicoanálisis, enunciación, se define por la ubicación del decir, por el lugar en el que se coloca

testimonios que capturan algunas de las atmósferas subjetivas que nos proponemos ubicar.

Cómo se cuenta una muerte, abre el tema de la memoria y el recuerdo de lo traumático, hasta el punto en el que la muerte del otro, de los otros, puede ser vivida al mismo tiempo como la propia muerte. Contar, entonces, en el sentido de una narración, de una transmisión posible a otros, es decir, referir, relatar un suceso, pero también ponerlo en una cuenta, en un conjunto finito, uno por uno, incluirlo en conjuntos específicos, contar es nominar, es registrar y ser registrado al mismo tiempo en ese relato.

La pérdida del ser amado, la percepción o asunción de la derrota, la pérdida de “los ideales”,² o el cuestionamiento a la propia actitud respecto de las exigencias de conducta que regían para un militante político revolucionario, la ausencia de referencias identitarias que implica el destierro, son figuras de la muerte propia.

El fragmento de la novela con el que abrimos esta presentación, plantea una curiosa inversión: es Humboldt el que *se fue* (eufemismo de la desaparición, con el que se nombra la muerte, pero referencia al mismo tiempo a los que debieron exiliarse: “los que se fueron”) y *ella*, quien habla desde el exilio, muere, única forma de volver a vivir.

Pero, del exilio, en el exilio, es posible resucitar. Dice la voz narradora que ya no tendrá que *mantener preso a Humboldt en el armario* (Ibid., 2007:14), “liberarlo de ese armario” la llevará por diferentes caminos, le llevará todo el libro y aún así, dispuesta a toparse con sus fantasmas dirá:

“El fracaso Humboldt, se parece al desarraigo, uno cree que algo terminó pero en verdad no hizo más que empezar y durará para siempre, como una noche estrellada, llena de fantasmas.” (Ibid., 2007:15).

Desarraigo y fracaso, parece entonces que aquello que nos remite a la muerte, a las muertes, es algo que durará para siempre. Nos proponemos realizar un recorrido por

el sujeto para decir, nos advierte de la presencia de un sujeto, sujeto del inconsciente, sujeto de la enunciación..

² “Una vez salí de casa como una heroína enlutada. Llevaba un gorrito de lana y unas hermosas botas de taco alto, y de pronto, me encontré en la calle con un llavero sin saber a donde ir. *I shall bee too late*, pensé como el conejo blanco de Alicia, y ahí mismo paré al primero que pasaba y le pregunté: ¿Podría usted decirme donde queda la Oficina de los ideales perdidos?” (Negroni, M., 14:2007). Los ideales son para nuestro trabajo el conjunto de ideas emancipatorias y revolucionarias, valores específicos que designaban la necesidad de un conjunto de transformaciones estructurales de la sociedad y del lazo social.

algunas de las referencias y sentidos que encontramos en narraciones testimoniales y literarias sobre las experiencias de la militancia, la persecución y el exilio.

Militancia “total”. Sentidos de la vida y de la muerte.

“La militancia era una rara forma de la felicidad; le da sentido a la vida, pero sobre todo le da sentido a la muerte. No lo sabíamos; no todavía. Tardamos años en entender que no hay un temor que nazca del miedo a la muerte. Entonces no le temíamos a nada. La posibilidad de morir peleando nos iluminaba (Feijóo, 196:2001).

La militancia política de gran parte de los grupos revolucionarios de los años setenta sostiene un ideal de transformación personal radical. Una concepción que está en sintonía con la lectura de un sistema que ejerce una opresión integral sobre los individuos, amenaza de alienación y captura de su capacidad transformadora. De ese modo la perspectiva revolucionaria debía abarcar la vida cotidiana y la intimidad de los militantes. Este modo de práctica política la denominamos “total” (Korinfeld, 2008:83), en el sentido en que pretende integrar todo lo que hace a la vida del sujeto en torno a las regulaciones del ideal que encarna el “nosotros” particular: la “organización” o “el partido”. Un tipo de práctica que en gran parte de las experiencias políticas devino en funcionamientos excesivamente centralizados, verticales y militaristas. Y que ha sido productora de una subjetividad militante que plantea paradojas, contradicciones y tensiones entre sus propósitos y sus prácticas.

Una primera figura de la muerte es posible localizarla precisamente en torno a este ideal de transformación individual y colectiva, que operaba en el programa de la militancia en consonancia con la utopía de la construcción de un nuevo hombre. El Hombre Nuevo, producto y a su vez de productor de una revolución esencial y radical, implicaba el inicio de un camino de despojamiento de identificaciones, una reconfiguración subjetiva; una suerte de muerte del sujeto pequeño burgués y un nuevo nacimiento, un nuevo sujeto social para un nuevo orden colectivo. Muerte de las viejas identificaciones y lento y dificultoso proceso de reconversión subjetiva hacia una nueva mirada y posición respecto de uno mismo, de los otros y del mundo, una nueva moral a partir de la cual actuar para transformarlo.

“Haremos un hombre nuevo, una pareja nueva, una verdad nueva, una soledad nueva, una muerte nueva” (Negroni, 2007:106) dice Nadie, una de las alegorías, voces de la narración que ironiza el ideario de transformación. Son las pérdidas necesarias

para transformarse y poder participar de un colectivo político revolucionario que imagina la potencia de otra vida social y cuya cosmovisión le da a la muerte nuevos sentidos, a la muerte de los militantes, a la muerte de cada uno y la de los enemigos.

La represión. La muerte cercana.

En el interior del “mundo militante”, la violencia, el sufrimiento y las muertes, estaba presente en la narración común de la violencia padecida, es una historia de las rebeliones, resistencias, represiones y revoluciones, en la lectura política que devenía en las consignas y orientaciones que hacían de ella algo eventualmente necesario e imprescindible para transformar un orden social injusto. En el programa de la vida militante aparece enlazada vida y muerte, núcleo de una modalidad subjetiva que intensifica la pertenencia y los lazos sostenidos en el ideario, las prácticas cotidianas en sus diferentes gradientes de acción política y o militar.³

Ya no en un nivel metafórico, como señalábamos en el plano de la reconversión individual, ni en el orden de las racionalizaciones, las ideas y las argumentaciones políticas sino en el registro de la existencia cotidiana, la muerte aparece en los relatos recabados de ex exiliados y militantes políticos con una cercanía cada vez mayor según se aproximan a los últimos tiempos de su vida en Argentina y en los primeros tiempos del exilio.

“Y... se empiezan a suceder una serie de eventos cercanos, encuentros cercanos con la muerte (risa)...” (Testimonio en Korinfeld, 2008: 61)

“Yo estaba militando... desaparece ella, a mí personalmente, digo bueno (silencio) esta sensación que era estar en el aire todo el tiempo, nos estaban matando, nos estaban masacrando... como que se corporiza y ahí pienso en irme del país o en dejar de militar o no sé... J. aparece a los dos días -la habían torturado...” (Ibid., 2008:62)

“Rápidamente se puso todo muy violento, al nivel de, me acuerdo, la policía con caballos revisando la escuela. Yo iba al Liceo X... de repente te encontrabas con los policías en el baño, era bastante violento. (...) No era simplemente miedo a que te agarren porque eras militante; sabías que caías en sus manos y eras inmediatamente un objeto.”(Ibid., 2008:73)

³ Mario Betteo en su texto “La fascinación por la muerte, por la sangre derramada” (2001), enhebra una línea histórica en torno a la violencia política en la Argentina, recorre algunas de las consignas de los grupos revolucionarios del pasado reciente y despliega la figura de la sangre en los registros simbólico, imaginario y real. También en su presentación de mi libro “*Experiencias del exilio. Avatares subjetivos de jóvenes militantes argentinos durante la década del setenta*” planteó que era un texto que trataba de la muerte, perspectiva que organizó su ponencia, algunas de nuestras formulaciones se encuentran en deuda, con mayor o menor consonancia con su interesante lectura.

Longoni (2007:181), observa una dimensión ética y hasta religiosa presente en la militancia política como sacrificio, que implica un “trato” particular con la muerte. La entrega personal demandada a “la causa”, el voluntarismo extremo altamente valorado, el culto al heroísmo y a la resistencia en la tortura, la resignación a la muerte, configura una idea de la política entendida como renuncia, y como guerra. La incorporación al cuerpo común de la Organización incluye un final posible, la muerte del revolucionario, del guerrillero, cuya muerte alimenta la vida,⁴ de la revolución (Idem., 2007:182). Una suerte de redención, de resonancias cristianas, que denota una disposición a la muerte que retornará a la vida a través de la memoria heroica y *en los que siguen luchando* y aquellos que se incorporan a esa lucha. La muerte del militante, algo que era previsible, riesgo inherente implícito y o explícito en el compromiso asumido, a medida que se incrementaba la persecución hacia las organizaciones armadas, aunque la represión se dirigía al conjunto de las organizaciones populares, la muerte comenzó a ser cercana y para muchos se transformó en un hecho inexorable. Expresamente los testimonios que presentamos corresponden a jóvenes militantes del sector de la izquierda revolucionaria vinculada a las organizaciones político militares con una participación activa y diversa en la periferia de las mismas, es decir, con poder respecto de las agrupaciones llamadas de base (territoriales, estudiantiles, gremiales) pero con baja responsabilidad en la estructura política y militar, aunque compartiendo la misma atmósfera y compartiendo igual trama de identificaciones, ideas, creencias, rituales y prácticas.

La derrota. La deuda con los muertos.

“Pero también yo estoy vivo, y otros murieron, valientes o cobardes, y muchas noches cuando no puedo dormir, me acuerdo de ellos, me parece que vuelven para pedirme que no les olvide, que diga que existieron.” (Muñoz Molina, 2001:456)

A pesar de referirse a otro contexto histórico, la guerra civil española, este fragmento del texto Sefarad, de Antonio Muñoz Molina (2001), y un conjunto de relatos en torno a la segunda guerra mundial son capaces de ayudarnos con la tarea emprendida de captar el tipo de lazo subjetivo que se establece en determinadas situaciones extremas.

⁴ “Murieron para que la patria viva” fue la consigna con la que se recordaba el asesinato de 19 presos políticos pertenecientes a las organizaciones político militares el 22 de agosto de 1972 en la base naval Almirante Zar, fueron conocidos como “Héroes de Trelew”.

Una suerte de pacto de sangre, refiere Calveiro (2004), ligaba a los militantes, que convivían con la muerte desde 1975, un pacto de sangre con sus compañeros muertos y con la violencia desatada.

A medida que se agudizaba el cerco de la represión y las organizaciones privilegiaban las actividades militares y de autodefensa, los militantes se alejaban de las prácticas políticas desde las cuales se habían incluido en el proyecto y que les otorgaba múltiples sentidos al compromiso asumido.

En un contexto de persecución sistemática, de derrota, de disolución de la lógica política, la culpa comienza a funcionar como un elemento central del pacto, pilar del compromiso. La burocratización de la tarea militante, deviene en una suerte de rutinización e insensibilización, la pérdida del sentido amenaza la cohesión y el pacto.

En un mismo movimiento la prevención respecto de la muerte propia, el “abandono del puesto de lucha” cuestiona el compromiso y los ideales asumidos redoblando la deuda con los que se quedan, con los compañeros muertos y con los presos.

"La culpa era el haberte quebrado (...) estabas hecho mierda, habías hecho lo que se suponía que era lo peor que podías hacer, porque en ese momento no... (...) en la época que me fui yo (mediados de 1976) era como que... y estaba escapando..." (Testimonio en Korinfeld, 2008:112)

"Yo no sé si realmente lo podría haber formulado de esa manera en aquel momento, porque estoy convencida de que es así ahora...; como sentirte responsable, como sentirte que vos los estás dejando... Sí, sentirte responsable, completamente absurdo, pero ese es el sentimiento." (Ibid., 2008:102)

El lugar de resto, de desecho que promovía la huida no alcanzaba a ser neutralizada por el alivio y la liberación que expresan algunos relatos del momento inmediato posterior al exilio. “Irse” era incluso más desvalorizado que la renuncia a continuar la lucha en el país, estar “quebrado”⁵ pero quedarse en el país parecía menos indigno que salir del país. La desertión en ese contexto no imponía más que un sentido: la del desertor como traidor.⁶

⁵ Las significaciones y sentidos de “quebrarse” han sido abordados entre otros textos en: Del Olmo, 2005, Longoni, 2007, Korinfeld, 2008.

⁶ Aún cuando “la traición” quedó fijada en el tiempo desde la mirada de las propias organizaciones particularmente hacia quienes sobrevivieron en los campos de concentración como una vigilancia de su conducta ante el enemigo bajo cautiverio, la acusación de traición no sólo fue enunciada hacia muchos

La culpa por la desvinculación del “nosotros”. La pérdida parcial de las coordenadas que estructuraban la vida del militante son figuras de la muerte que se han de entramar con las vivencias del destierro. El proceso de desvinculación, de desenlace implica una suerte de reconfiguración de rasgos de identidad.

“Exilio es ausencia, ¿y que es la muerte sino ausencia prolongada? ¿Quien de nosotros no ha muerto un poco en estos años? ¿Quién no ha perdido sus sueños y esperanzas? (Testimonio en Jensen, 2003:8).

En su carácter de sobrevivientes parecen encarnar una modalidad del duelo que ya no está regulado por las coordenadas simbólicas del grupo, “al revolucionario caído no se lo llora se lo reemplaza”, los puestos de lucha son intercambiables. La exaltación del muerto, el homenaje a su gesta heroica, pretenden orientar un modo del duelo, se lo recuerda reemplazándolo e idealizándolo, se lo recuerda en acto operando una drástica reducción de las ambivalencias y del conjunto de impresiones y vivencias que implica la situación en la cual fue muerto. Se trata de un llamado a multiplicar el lugar del caído, ser portadores de su legado es llenar el vacío de su ausencia intensificando el compromiso con la causa, una suerte de negación de ese vacío, del hueco que deja, que debe ser llenado por un plus de acción y una suerte de reencuentro con él en la serie de acciones y en el cumplimiento de los objetivos que los unen, una idea de resurrección que bien se puede vincular con el mandato sacrificial antes señalado.

Desvincularse de los efectos prácticos de ese mandato, no implica necesariamente quedar librado de sus exigencias, por el contrario esta posición, redobla a través de la culpa, “la deuda con los muertos”, si la posición militante permite una forma activa del olvido, un modo de conjurar el dolor de la pérdida, fuera de esa cosmovisión, queda el sujeto bajo el peso de sus efectos sin la gracia otorgada por su “antídoto”: la acción revolucionaria. No sólo no puede “olvidarlos” sino que debería estar completando y multiplicando el espacio que dejó vacío. Al abandonar el puesto de combate, aumenta el vacío y duplica su ausencia.

Sin duda, los itinerarios del trabajo de duelo son singulares, aunque están en relación con ciertas coordenadas simbólicas particulares. El abandono de la militancia y las condiciones de existencia del exilio son algunos de los aspectos que particularizan esos itinerarios diversos.

militantes que decidieron exiliarse, sino que al formar parte del dispositivo militante, estaba implícita para cada sujeto en toda desvinculación y desenlace del “cuerpo” común.

Recordemos que el duelo desde la perspectiva freudiana es la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente: la patria, la libertad, el ideal. Freud (1917) describe la reacción a la pérdida de un ser amado, como una aflicción intensa, la aparición de un doloroso estado de ánimo que implica la cesación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad para elegir un nuevo objeto amoroso y el alejamiento de toda función no relacionada con la memoria del ser querido. Esta inhibición y restricción del yo es la expresión de su entrega total a la aflicción. El sujeto debe romper sus lazos libidinales con el objeto perdido, se trata de un proceso inconsciente de transformación y reorientación de las energías libidinales. Al mismo tiempo nos advierte de la resistencia de los sujetos a abandonar cierta posición libidinal alcanzada. Freud ubica allí el punto de partida de las formas patológicas del duelo: la melancolía.

Es relevante que Freud extienda la pertinencia del concepto de duelo a pérdidas del orden de los ideales y los valores, aquello libidinizado cumple funciones fundamentales en la vida psíquica de los sujetos. Eduardo Grüner en su trabajo cuyo título es precisamente “Lo que le debemos a los muertos”,⁷ anota que el campo semántico de tales abstracciones mencionados: la patria, la libertad, el ideal, es un campo nítidamente político y que estas abstracciones que hacen serie con la persona amada pueden estar fuertemente erotizadas, singularizadas por el amor, escribe, por tanto, bajo las condiciones de la ambivalencia amor/odio. Señala a su vez que se puede saber cuál es el objeto amado perdido, pero lo que no se sabe es qué se ha perdido con el objeto, es eso lo que motoriza el trabajo singular del duelo, un trabajo que se distingue de una culpa melancólica. Un duelo que, insistimos, está en relación con las coordenadas simbólicas particulares del grupo de pertenencia y las condiciones más generales de esa experiencia traumática en el conjunto social más amplio.

Exilio. “Hacerse el muerto”.

Sobrevivir, escribe Nicolás Casullo (2003: 202), es transmitir la muerte no asistida de los otros. Es una tarea anímica, intelectual, existencial, donde se intenta reaparecer de la muerte, desde el cuerpo exiliado del muerto, desde el cuerpo que piensa

⁷ Revista Conjetural, Buenos Aires, 2009.

mudo las muertes de un tiempo. Es enfrentar la propia muerte en todas las muertes violentas sabidas, brutalmente agolpadas “adentro”.

Es ya evidente que poner a salvo la vida, escapar de la muerte no lo exime al sujeto instantáneamente de una serie de vivencias relacionadas con lo mortífero. La muerte propia que no fue, es capaz de alcanzar al sujeto a través del tiempo, su potencial traumático depende de los modos de elaboración singular de lo acontecido bajo ciertas condiciones de lo social. Del modo en el que cada sujeto fue-es, capaz de hacer con ello una experiencia.

“Mirándola con los ojos dilatados por un miedo que no era el de su muerte próxima, sino también y más angustiosamente, el de la muerte de la que ella y su hija se habían escapado hace cuarenta y cinco años.”
(Muñoz Molina, 2001:70)

Insisten en los relatos las expresiones que equiparan el exilio con la muerte. Es como si en tanto castigo, la opción: el exilio o la muerte, esa disyunción, una vez en el destierro se reabsorviera esa disyunción viviendo una especie de muerte. Como si el costo, el precio a pagar por salvar la vida implicara atravesar un tiempo de muerte, un primer tiempo de elaboración de las pérdidas, entre las cuales no sólo están el proyecto, los ideales, sino también la propia imagen idealizada; más allá incluso de las racionalizaciones y de las argumentaciones políticas.

“Demasiado temprano. Completamente inmadura. Por lo menos, a mí me bloqueó parte de mí... de mi naturaleza, que podría haberse desarrollado de otra manera. De ese acto tan bestial. No estaba preparada para irme a vivir sola, no tenía la madurez suficiente para vivir sola. Lo tuve que hacer porque era una cuestión de vida o muerte, pero, de alguna manera, esos años fueron como de muerte... yo vivía, pero estaba muerta, como anestesiada, sí, los órganos vitales sobrevivían... pero eso era un ahogo constante a cada instante.” (Testimonio en Korinfeld, 2008:155)

“Esta claro que logré sobrevivir. Nunca me detuve a averiguar las circunstancias. Me hice la muerta por años. Así fue. Me callé y algo se calló conmigo. La multitud, la marcha, el río.” (Negroni, 2007:215).

Años como de muerte, yo vivía pero estaba muerta, me hice la muerta por años, una suerte de identificación con los muertos, con los desaparecidos, con los compañeros

que se quedaron en el país, entramada en las nuevas condiciones de existencia que le depara el territorio extranjero al que ha llegado. En plena conmoción respecto de los valores, principios e ideales que debían orientar su vida de militante, en una suerte de tiempo entre paréntesis, tiempo y espacio sin historia, lejos de miradas en las cuales reconocerse. La pérdida de sentido, la opacidad del futuro, la angustia del pasado reciente, configuran un presente descentrado, árido, un puro presente capaz de despertar fantasmas autodestructivos.

“Consigno aquí mi intención de suicidarme, una vez que termine de escribir el verano...” (Ibid., 2007:39).

“El otro día, sin ir más lejos, estuve apunto de arrodillarme en plena ciudad de Roma y decir no quiero vivir más...” (Ibid., 2007:59).

“No quiero vivir, repetí muy alto en el centro de Roma, no quiero ser la última sobreviviente de esta historia.” (Ibid., 2007:60)

“Es terrible vivir haciéndose la muerta” (Ibid., 2007:131)

Una suerte de identificación con los muertos, como portándolos en el cuerpo propio, incorporación transitoria, momento del duelo. Una vez más facilitándonos las claves para acercarnos a ciertos aspectos de la experiencia subjetiva del exiliado, la narradora de La Anunciación dice:

Me dirían que he entrado en un delirio. ¡El síndrome de Cotard! dirán. (Ibid., 2007:184)

El extremo de una identificación, algo más siniestro incluso por la disgregación subjetiva que comporta, el síndrome de Cotard, también llamado delirio de negación o delirio nihilista, es una enfermedad mental relacionada con la hipocondría. El afectado por el síndrome de Cotard cree haber fallecido, sufrir putrefacción de los órganos o simplemente no existir. En algunos casos el paciente se cree incapaz de morir. Los pacientes llegan a creer que sus órganos internos han paralizado toda función, en sus formas más complejas el paciente llega a defender la idea de que en realidad él mismo está muerto e incluso que han fallecido personas allegadas a él. Junto con esta creencia de muerte el paciente mantiene una idea de inmortalidad, como si se hubiera convertido en un "alma en pena".

Exilio. Afectación de los cuerpos.

Como vemos, el síndrome de Cotard, como enfermedad mental que hemos tomado de una obra de ficción sobre nuestro pasado reciente se convierte en una metáfora fecunda para pensar las atmósferas subjetivas que expresan los relatos de exilados políticos.

La asociación entre enfermedad y exilio está presente en muchos de los intentos por dar cuenta de la subjetividad del exiliado (Korinfeld, 2008:139). El destierro aparece como momento decisivo, sorpresivo, un accidente que va a reconfigurar el mundo simbólico del sujeto en torno a una pérdida.

“Un día tuve un accidente. Algo partió mi vida como un rayo y me dejó lisiada por adentro.” (Ibid., 2007:104)

Adentro o *afuera*, una topología imaginaria donde localizar el dolor, señalábamos acerca de la insistencia en las referencias al cuerpo,⁸ al hablar de muchas de estas experiencias, es en los cuerpos donde se produce el impacto de la conmoción por las pérdidas. Los propios protagonistas u otros testimoniados son quienes atribuyen o relacionan su experiencia de persecución y exilio con la aparición de enfermedades, accidentes e incluso con la muerte.

“La que iba sufriendo en el más absoluto silencio era nuestra inmunidad biológica y psíquica. Y eso nos siguió pasando a muchos a lo largo del exilio. En mi caso se tradujo en una enfermedad que me llevó a tener que operarme y estar internada un mes en el Instituto de Cáncer de Río. Nadie se enteró yo no estaba en ningún lugar del mundo...” (Bonet Krueger, 2005:38)

“En pleno exilio, cuando todos los días había una noticia terrible de la Argentina, y muchas veces se trataba de llamadas telefónicas desde cualquier confín de la tierra, incluida la natal, en las que se nos decía que habían matado a alguien, a varios, a uno en particular que era muy próximo a nosotros, casi un pariente, o a dos o tres que habían mantenido conmigo y los míos algún tipo de vínculo, en esos momentos tan crueles que obligaban a sentarse al borde de la cama a llorar, vivir era sobrevivir. Pero uno de esos días el peso fue demasiado, un día en el que el moridero al que estábamos sometidos fue demasiado actual e inmediato, yo sentí que mi salud se desmoronaba.” (Mercado, 1990:17)

⁸ *Adolescencia, militancia y exilio. Procesos de reconfiguración identitaria*, XI° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 - 22 de Septiembre de 2007. La propia circulación de estos textos sumó nuevos testimonios que lo corroboran.

El relato de Tununa Mercado en su libro *En estado de Memoria* que recorre su tiempo de exilio y de retorno al país, continúa con una descripción minuciosa de una serie de padecimientos físicos de mucha gravedad. Enfermedades, accidentes, anomalías y muerte se perciben ligadas al curso de esa experiencia.

Al sobreviviente de esa hermandad de los muertos, le cuesta encontrar el lugar real de su cuerpo Casullo, (2001: 203), reponer en la palabra, su palabra corporal de la muerte-vida, la transmisión de un pasado.

Exilio. “Los vivos ausentes”.

“Tuve un presentimiento bastante horrible con la enfermedad de mi mamá, que fue exactamente del mismo estilo que el precedente [en el que sueña la detención de su novio]. Y bueno, después tuve que enfrentar la enfermedad y muerte de ella cuando era muy chica. Esto fue en agosto del 81. Y también en eso había mucho sentimiento de responsabilidad porque, de alguna manera, era el sentimiento de toda la violencia que le habíamos hecho pasar. No está escrito en ningún libro que eso produzca la muerte, pero era lo que yo sentía. Como si, eventualmente, no hubiera tenido que atravesar esa situación, eventualmente, no se hubiera enfermado.” (Testimonio en Korinfeld, 2008:148).

“Después siguió siendo bastante horrible por bastantes años”, así introduce el fragmento que antecede y que conduce a contar la muerte de la madre estando ella fuera del país; un relato cargado de auto reproches que pervive en el tiempo en tanto se adjudica el daño máximo causado a los otros como consecuencia de sus acciones. Y expresa al mismo tiempo una de las fantasías comunes en la experiencia del exilio, la muerte de los seres queridos sin la posibilidad de la compañía y quizás una vez más, sin el gesto mutuo de una despedida.

“Nos pasamos contando anécdotas de nuestra historia. Hacemos árboles genealógicos. De repente cuando hoy se acercan nuestros nietos, se nos llenan los ojos de lágrimas que venimos escondiendo hace años. Y no podemos hablar de nuestros padres, hermanos, familiares, amigos que se murieron allí. Y no pudimos estar a su lado.” (Bonet Krueger, 2005:39)

Así como la muerte de los seres queridos, la idea de la propia muerte, lejos de la tierra de la que se fue expulsado, a medida que se atraviesa el exilio se convierte en una de las situaciones temidas. Aún cuando el destierro sea una antigua causa ya caducada, y el sujeto ha elegido vivir en el país en el que ha recalado, la muerte puede redoblar imaginariamente su amenaza cuando se anticipa lejos de la tierra que se considera de

origen. Una idea que parece alejar imaginariamente al sujeto de algún re-encuentro posible, una imaginaria sutura por lo perdido, un retorno cuya imposibilidad se presenta como un puro sinsentido.

La muerte, lejos, es capaz de expresar en su equivocidad, una puesta a distancia de la muerte propia y la de los otros (compañeros, familiares, amigos) y al mismo tiempo el fantasma de la muerte propia y de los otros, lejos de la tierra que ha sido nombrada como propia.

Nicolás Casullo, denunciaba otra figuración de la muerte del ex exiliado en su dimensión netamente política al momento del regreso al país.

“Yo era para ellos un lenguaje indescifrable, una pretensión íntima antojadiza, un regresado de la estratósfera, un muerto viviente, un medidor de la muerte, una biografía incontable que había glorificado la violencia, una identidad perniciosa a la sociedad y la gente, un fetiche de cuando las cosas estaban “en manos nuestras” y nuestras manos en los fusiles. Un ex revolucionario ni arrepentido ni igual que antes, hablando de miles de muertos (idem).” (Casullo, 2001:225).

Muerto en vida, presencia espectral, portador de la muerte, imágenes que señalan su invisibilidad política, la negación de las tensiones de una historia, la neutralización de lo político, una suerte de desaparecido político; testigo y presunto culpable ante el cual “la sociedad” se disponía al rechazo, la aceptación o su inclusión bajo la condición de pasar desapercibido, una posición subjetiva que hemos encontrado como estrategia de sobrevivencia producto de la “brusca pedagogía del exilio”. (González, 2005:36).

El siguiente fragmento de un trabajo de Silvina Jensen en el que analiza las representaciones del exilio en el “Libro de Navíos y Borrascas” de Daniel Moyano y la película “Tangos. El exilio de Gardel” de Fernando Pino Solanas, nos permite avanzar sobre esta mirada de la sociedad ante la cual la identificación con los muertos que hemos postulado se potencia.

“El “por algo será” coadyuvó al silencio sobre el exilio. Silencio en el que confluyeron la precipitación de la huida y la imposibilidad de despedidas convencionales en medio de la indiferencia de muchos argentinos que aceptaban esas ausencias sin preguntas. Del mismo modo que en “Solo” (se refiere a un tango del film) se alude a esos expulsados a los que se daba por “muertos” y se muestra la indiferencia de la sociedad, muchos exiliados denunciaron no sólo que la sociedad naturalizó la

ausencia, sino que la familia la ocultó por temor a esa estigmatización de la que Ana advierte a su amiga Mariana.” (Jensen, 2003:13).

Naturalizada su ausencia, si se los daba por muertos, como muertos serán tratados. Escribe, demanda, denuncia Alicia Bonet: “(...) *se debe reconocer que falta en el país una generación de muertos y de vivos ausentes y que a todos ellos se le debe dar el lugar que les corresponde. Ya que los vivos ausentes seguimos unidos a todos ustedes.*” (Bonet Krueger, 2005:39).

Venimos sosteniendo que el trabajo de duelo está articulado a los sentidos construidos en torno al “exiliado”, sentidos construidos desde la lógica concentracionaria del terrorismo de Estado y su propagación de lo mortífero, que ha permeado en sectores de la sociedad y, por otra parte, desde las lógicas de las militancias revolucionarias de los años setenta que han sido sostenidas por distintos actores sociales y políticos y que se encuentran presentes en el discurso de los propios ex exiliados y que si bien son dinámicos a través del tiempo social, parecen mantener ciertos núcleos estables. Es decir que hay, hubo, la construcción de una representación de un exiliado durante la dictadura militar. Y hubo, ¿hay?, la construcción de un exiliado por parte de muchos de los grupos revolucionarios del setenta.

Podemos conjeturar que en parte la insistencia que lo mortífero tiene en las narrativas sobre el exilio de los ex militantes políticos, que eclipsa otros aspectos más “vitales”, no sólo reflejan un conjunto de situaciones conmocionantes que los han marcado, sino que al mismo tiempo dramatiza, conjura el sufrimiento, lo tramita lo historiza. Un tratamiento del sufrimiento, una puesta en obra, una elaboración que transforma. Un modo de “exorcizar” en el pasado, precisamente por la imposibilidad de su completa elaboración subjetiva, la posibilidad de haber muerto de culpa, de desamparo, de nostalgia, de soledad.

Retomamos la pregunta con la que abrimos estas reflexiones de la mano de la voz narradora de La Anunciación que decía no saber cómo se cuenta una muerte, o, agregamos nosotros, cómo se cuenta la muerte. Poco podremos decir sobre ello, al menos sabemos que en esa demanda y búsqueda de reconocimiento algo es posible contar y será posible ser contado, al menos un fragmento de la historia en común y de cada sujeto que habla, lo que no es poco.

Referencias bibliográficas

Bonet Krueger, A.; “Los vivos ausentes”, Revista Lezama, Año 2, N° 2, Buenos Aires, julio de 2005.

Calveiro, P., *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires (1998), 2004.

Casullo, N., “Fragmentos de Memoria, la transmisión cancelada”, en Guelerman, Sergio (comp.), *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio*, Norma, Buenos Aires, 2001.

Feijóo C., *Memorias del río inmóvil*. Alfaguara, Buenos Aires, 2001.

Freud, S., *Duelo y melancolía, (1917)*, en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Tomo II, Madrid, 1974.

González, H; “La heroicidad o la prudencia”, Revista Lezama, Año 2, N° 2, Buenos Aires, julio de 2005.

Grüner, E., “Lo que le debemos a los muertos”, Revista Conjetural, Buenos Aires, 2009.

Jensen, S., “*Del viaje no deseado al viaje de retorno. Representaciones del exilio en “Libro de Navíos y Borrascas” y “Tangos. El exilio de Gardel”*”, Mimeo, 2003.

Korinfeld, D., *Experiencias del exilio. Avatares subjetivos de jóvenes militantes argentinos durante la década del setenta*. Del estante editorial, Buenos Aires, 2008.

Longoni, A., *Traiciones*, Norma, Buenos Aires, 2007.

Mercado T.; *En estado de Memoria*, Ada Korn Editora, Buenos Aires, 1990.

Muñoz Molina, A., *Sefarad*, Alfaguara, Madrid, 2001.

Negróni, M., *La Anunciación*, Seix Barral, Barcelona, 2007.

Ríos; M., *Los lutos del lenguaje*, en www.sobrelibros.cl/content/view/403/2/. (Consulta, junio 2009).